

ANTOLOGÍA DE LECTURAS CORTAS

NICETO BLÁZQUEZ

ANTOLOGÍA DE LECTURAS CORTAS

MADRID

2012



Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2011 NICETO BLÁZQUEZ

© ANTOLOGÍA DE LECTURAS CORTAS

© 2011 Editorial: Vision Libros

C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España

Web: www.visionlibros.es Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-152-9

Descargado de: www.visionlibros.com

Foto de cubierta: Patricia/Silvia DE GRANDIS y Katty FLANAGAN

Disponible en papel y ebook

www.visionlibros.com

www.terrabooks.com

Pedidos a:

pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

subscripción@visionnet.es

A D. José Antonio CORCHADO QUÍLEZ

PRESENTACIÓN

Cuenta el humorista que llegó el revisor del tren para chequear los billetes de los viajeros y se encontró con una señora llorando. ¿Qué la ocurre, señora, en qué puedo ayudarla? Ella respondió desconsolada: mi marido bajó del tren en la parada anterior para comprar una revista en el andén y se ha quedado en tierra. A lo que el revisor replicó espontáneamente mientras picaba los billetes: la compadezco a usted porque debe resultar muy aburrido viajar ocho horas en tren sin llevar algo para leer. Esta anécdota humorística evoca aquella época en la que los viajeros hacían acopio de periódicos y revistas gráficas para leer y curiosear fotografías antes de emprender un largo viaje. En las consultas médicas y en las peluquerías muchos clientes hacen más llevadero el tiempo de espera ojeando los semanarios ilustrados que suelen encontrarse en esos lugares. Actualmente las formas de comunicación social se han perfeccionado mucho con lo cual la lectura de textos impresos al estilo clásico disminuye sensiblemente pero sigue siendo una necesidad y los motivos para leer pueden ser muy diversos. Por ejemplo, hay personas que leen sólo para pasar el tiempo de forma entretenida y gratificante. Otras, en cambio, sienten verdadera pasión por leer cualquier papel escrito a su alcance aunque sea un periódico encontrado en el suelo o arrojado en una papelería. Paradójicamente entre los lectores asiduos los hay que leen pero no para aprender o enriquecer su cultura personal, como cabría pensar, sino para tener algo sobre lo cual discutir con otras personas. Una nobilísima señora me dijo desconsolada en una ocasión que había dejado de leer revistas porque no encontraba ya gente con la cual discutir sobre el contenido de los artículos en ellas publicados. ¿Para qué leer —matizaba ella— si después no encuentras con quién hablar? En efecto, hay quienes leen solamente para tener materia de conversación con alguien sin interés por aprender algo interesante o importante con la lectura. Pero hay también personas que leen para estar informadas sobre los asuntos importantes de la vida pública y para reflexionar sobre

los problemas que afectan directamente a la condición humana. La presente antología de lecturas cortas se ha hecho pensando principalmente en este último tipo de lectores que, al tiempo que se entretienen leyendo, disfrutan pensando y reflexionando sobre asuntos esenciales de la vida. La mayoría de los textos seleccionados han sido tomados de mis *blogs* publicados en internet y de algunos de mis libros editados. En todos ellos, obviamente, han sido introducidas las correcciones y adaptaciones pertinentes relativas a la extensión, expresión literaria e importancia de los mismos.

1

LA INOCENCIA PERDIDA Y HALLADA EN LA RAZÓN



El prado de la Chorrera

En el lenguaje ordinario la expresión “pérdida de la inocencia” está relacionada con la primera experiencia sexual durante la adolescencia y la juventud. En este sentido, cuando una persona crece en edad y no se percata de las implicaciones anejas a la vida sexual se dice que “es todavía muy inocente” o inmadura. La pérdida de la inocencia, según la estimación popular, se refiere a ese momento en el que un hombre o una mujer se sienten sexualmente atraídos y proceden a realizar su primera experiencia tras la cual empiezan a verse y tratarse de una forma completamente distinta. La experiencia pudo resultar feliz o desgraciada pero, en cualquiera de los casos, desapareció para siempre una forma de verse y tratarse de forma libre y emocionalmente desinteresada. A partir de ese momento ya no hay lugar para las ilusiones y el romanticismo irresponsable. Lo mismo puede surgir un gran amor que un rechazo mutuo y la toma de conciencia de esta realidad equivale a perder la inocencia. En sentido menos popular y más técnico la pérdida de la inocencia puede referirse a la culpabilidad moral que se nos imputa por nuestra conducta en cualquier orden de la vida aunque no tenga nada que ver con la vida afectiva o sexual. Así, los jueces declaran a unos culpables y a otros inocentes de acuerdo con lo establecido en las leyes y la buena o mala voluntad de los inculpados. Pero cabe hablar también de la pérdida de la inocencia por relación a ese momento culminante de la vida de una persona en el que toma conciencia de la existencia del mal en el mundo y empieza a plantearse cuestiones sobre su naturaleza y razones de existir. Como en el caso de las relaciones sexuales, hay un antes ingenuo y confiado y un después precavido y meditado. Cada cual tiene su propia experiencia personal de este fenómeno y la mía fue como se describe brevemente a continuación.

Uno de mis entretenimientos gozosos de infancia consistía en visitar el hermoso prado que mi padre poseía en el lugar denominado “La chorrera” a menos de un kilómetro de Hoyocasero hacia el este. El prado está situado en la falda de

una ladera frondosa cruzada horizontalmente por la carretera y verticalmente por una “chorrera” o cascada de agua que vertía en el prado a través de una alcantarilla relativamente grande. Este lugar fue remodelado para ampliar la carretera con lo cual se perdió en parte su orografía original. Lo cierto es que cuando llegaba la primavera yo empezaba a visitar con harta frecuencia aquel paradisíaco entorno. Me introducía en el bosque, observaba el curso del agua de la cascada y, sobre todo, observaba atentamente cómo eran los árboles y las plantas con la ilusión añadida de descubrir los nidos de los pajarillos y otras aves de mayor envergadura. Y todo con mucha cautela para no ser sorprendido por algún desagradable o mortífero reptil. De hecho era frecuente que culebras y víboras hicieran acto de presencia. Todavía está grabada en mi imaginación la escena de mi padre tratando de matar una culebra enorme que nos salió al camino cuando los dos salíamos del prado hacia la carretera. Fue una batalla campal en la que mi padre salió victorioso pero no sin dificultad como yo pude ver con mis propios ojos. El enorme reptil muerto quedó expuesto de suerte que pudiera ser visto por los transeúntes y siempre que paso por aquel lugar se reaviva en mi imaginación aquella escena.

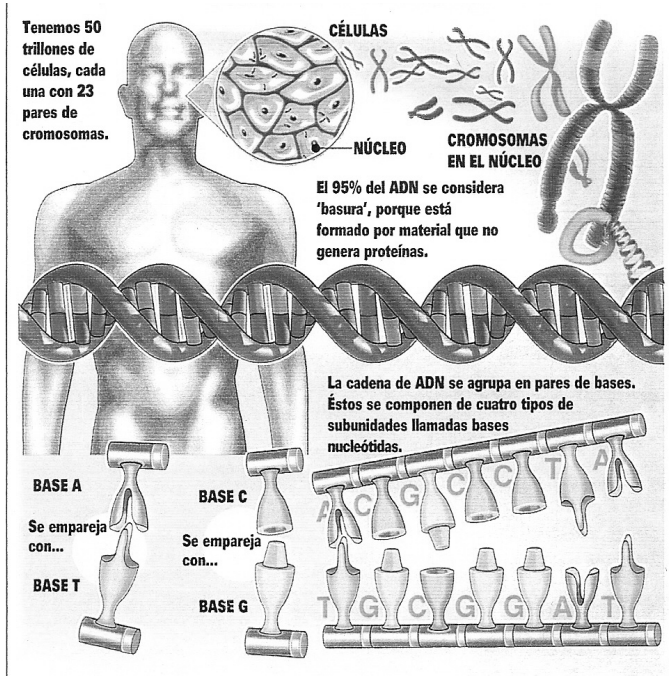
En uno de esos recorridos exploratorios en solitario por el bosquecillo admirando la vegetación, descubrí un retoño de árbol que me llamó particularmente la atención. Era un chopo muy pequeño que había brotado al lado de otro inmenso y tenía la misma estatura que yo aproximadamente. El arbolito era todavía muy delgado y tierno y comenzaban a brotar sus delicadas hojas. Al verlo quedé fascinado por su belleza. Si mal no recuerdo, lo toqué suavemente con la mano cuidando de no causarle algún daño. A su lado estaba el chopo inmenso y yo miraba a los dos, pensando con ilusión que algún día el retoño llegaría también a ser grande y majestuoso como el adulto. A partir de aquel hermoso día, cuando iba a la “chorrera”, visitaba el “chopito” siguiendo de cerca su crecimiento. Pero todo mi gozo en un pozo. Un día fui como de costumbre a visitarlo y no podía creer lo que estaba viendo. El inocente e indefenso retoño había sido cercenado. No había duda. Alguien lo habían cortado por la mitad de su cuerpo con una navaja. Imaginemos un niño de tres meses asesinado en su propia cuna. Cerré espontáneamente los ojos y me hice dos preguntas: ¿Quién ha sido? ¿Por qué? No entendía que aquella criatura hubiera hecho algún mal que mereciera tan severo castigo. Entonces, ¿por qué? ¿Por envidia de que el arbolito se encontraba en la propiedad de mi padre? ¿Cosas de niño o algo más? En aquel momento mi capacidad de razonamiento se disparó y abandoné el lugar con el corazón roto. Por primera vez pensé que hay gente mala, que el mal existe y que en adelante debía conocer las cosas sin fiarme de las apariencias.

En aquel histórico momento de mi vida perdí la inocencia y se activó en mí el uso de la razón. O lo que es igual, dejé de ser niño psicológicamente y comencé a tomar conciencia de lo bueno y lo malo, de lo verdadero y lo falso, de lo bello y lo monstruoso, de la vida y de la muerte. En aquel preciso momento comenzó mi

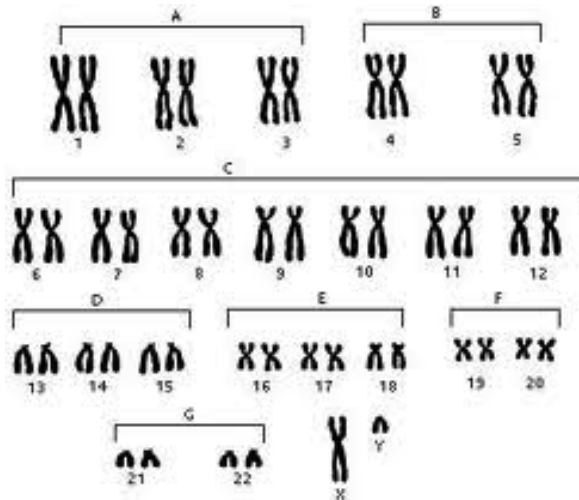
carrera filosófica como ejercicio constante del uso de la razón frente a las situaciones de la vida. Pero, como no hay mal que por bien no venga, he de confesar también que en el atardecer de mi vida me siento muy feliz de haber aprendido la lección positiva de aquella prematura y terrible experiencia. En septiembre de 1950 llegué al colegio de los PP. Dominicos de la Mejorada, en la provincia de Valladolid, no en busca de un puesto de trabajo sino como culminación de aquella experiencia prematura con la ayuda amorosa y sacrificada de mis padres, que no pasaban en aquel momento por una situación económica envidiable, de lo cual yo era plenamente consciente y por lo que evitaba pedirles nada que no fuera estrictamente necesario. Aquella primera salida de la casa paterna, insisto, no estuvo motivada primordialmente por el deseo de encontrar trabajo y un suelo que me permitiera vivir de forma autónoma sino por la necesidad interna de mi inteligencia de encontrar el sentido último de la vida. Las experiencias prematuras como ésta mía corren el riesgo de no ser asimiladas convenientemente y, en consecuencia, de convertirse en fuente de desilusión profunda frente a la vida. Pero, afortunadamente, no fue este mi caso.

Al contrario, aquel desencanto prematuro fue superado con el despertar de la razón y el nacimiento del deseo de conocer la verdad de la vida por encima de todas las cosas. Aquello de que si buscamos ante todo el reino de Dios y todo lo demás nos será dado por añadidura se cumplió felizmente en mi persona. Con esa consigna como criterio pragmático pasé por la vida padeciendo las penas y trabajos que acaecen a cualquier persona normal pero disfrutando de una cuota de felicidad y satisfacción nada despreciable. No fui rico ni ambicioso pero nunca me faltó nada de lo necesario para vivir en este mundo con la dignidad debida a todo ser humano. Lo ideal es que las personas crezcan y maduren nutridas con experiencias felices desde la infancia. Pero hemos de aprender también a vivir felices y con dignidad sacando lecciones positivas de los momentos amargos de la vida sin asustarnos ni marcharnos por los cerros de Úbeda alegando la excusa fácil de que las cosas no nos van bien o que la suerte no nos acompaña. La experiencia de la vida enseña que vivir sólo de experiencias y vivencias positivas es prácticamente imposible y que también de las negativas podemos y debemos sacar provecho. Aquello de que no hay mal que por bien no venga no es una frase ingeniosa que invita a la resignación fatal y desesperada sino que expresa el hecho de que también de los males podemos aprender lecciones positivas para la vida. Este difícil aprendizaje exige, antes que nada, aprender a usar correctamente la razón para evitar en todo momento ser inundados por las emociones fuertes y los sentimientos desbordados. El logro de este equilibrio entre el uso de la razón y la vivencia de las emociones constituye unos de los objetivos fundamentales de la buena educación humana.

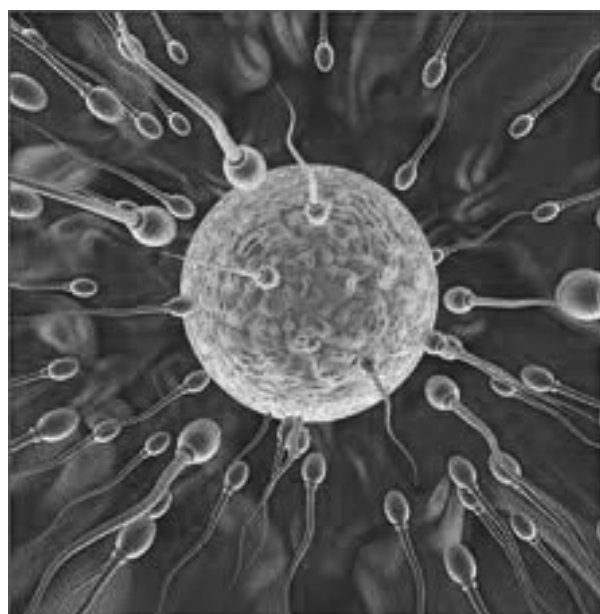
COSAS DE LA VIDA



Código genético humano (Nature/Science)



Los cromosomas



Dos viejos amigos se encuentran después de mucho tiempo y uno de ellos exclama: ¿cómo te va la vida? Esta pregunta genérica no es más que una forma de romper el hielo pero en el fondo tiene un significado profundo ya que expresa la preocupación por la forma de vivir del amigo. ¿Se encuentra feliz o triste, con problemas importantes sin resolver, en buena situación económica o en paro laboral? Durante el curso de la conversación todas estas cuestiones vitales se irán aclarando, pero, de entrada, el término vida marca la pauta del feliz encuentro. Lo más probable es que el tema de su conversación gire en primer lugar en torno a cuestiones relacionadas con la marcha de sus respectivas vidas y las de sus familiares y amigos. Son las cosas de la vida que no necesitan ser definidas para ser entendidas. Otras veces asistimos a la celebración de un cumpleaños y la frase tradicional castiza durante el brindis puede ser esta: ¡que cumplas muchos con salud! A lo que el homenajeado puede responder: ¡y en vida de todos! Está claro que el término salud está aquí en lugar de la vida. Lo que se celebra es la vida del homenajeado y lo que se desea es que tanto su vida como la de sus familiares y amigos resulte lo más larga y feliz posible. Se ha producido un terrible accidente de tráfico del cual una persona sale ilesa. Esta relata lo acaecido y concluye emocionada: ¡he vuelto a nacer! Esta expresión es literalmente falsa y puede dar lugar a ilusiones perniciosas. Pero su verdadero significado es que la vida de esta persona estuvo a punto de ser destruida y tal desgracia no tuvo lugar. O lo que es igual, vivir y ser son términos convertibles. Las personas somos mientras vivimos y dejamos de ser cuando morimos. La vida se convierte así en el término de referencia fundamental de nuestra existencia terrenal. Pero la vida tiene muchas caras y hay que aprender a reconocerlas sin cometer equivocaciones. Yo mismo he oído decir con frialdad escalofriante que la vida es un engaño. Otros han dicho que la vida es un sueño o una llama débil que apaga el viento. Pero hemos de ser realistas y no dejarnos llevar por los estados de ánimo pensando que la vida es un engaño cuando es lo único que no engaña a nadie sino que nos pone a cada cual en el

lugar que nos corresponde. Somos nosotros los que nos engañamos con nuestras percepciones falsas o equivocadas de la realidad tratando de programar a la vida olvidando que la vida es el programa. Tampoco es un sueño equivalente a algo por lo que no valga la pena luchar. De la vida se puede decir que es lo único que realmente vale la pena amar y conservar. Por algo se dice también que mientras hay vida hay esperanza, o que lo importante es que haya salud. Las cosas de la vida son todo eso que acaece dentro de nosotros mismos y en nuestro entorno social y humano. Las cosas de la vida son la salud, la enfermedad, las alegrías y las penas, las situaciones de paro laboral o las calamidades derivadas del desamor y la incompreensión entre las personas y los pueblos. Todas esas cosas felices o tristes que acaecen dentro de nosotros mismos y en nuestro entorno humano, insisto, son las cosas de la vida, la cual se convierte en el sujeto de inhesión y referencia humana existencial. Ningún valor puede sustituir a la vida en esa función troncal de los valores. A la misma conclusión se llega también cuando se habla correctamente de los derechos humanos fundamentales. La defensa razonable de cualquier derecho humano como la libertad, la salud, el salario justo o el acceso a los servicios médicos, carece de sentido sin el reconocimiento previo de todas y cada una de las personas a su vida concreta de carne y hueso, desde su orto existencial hasta su ocaso natural. El verdadero humanismo y los verdaderos sentimientos de humanidad pasan por el respeto incondicional a la vida humana, sobre todo en sus momentos más débiles y menesterosos. La vida es el valor troncal de los individuos y de la sociedad. Es el primero de todos los bienes y la piedra angular de la felicidad y de todos los derechos humanos en este mundo. Esta es la conclusión inmediata a la que se llega con la experiencia de la vida, el uso correcto de la razón y del sentido común. Paradójicamente, sin embargo, en la cultura dominante contemporánea se ha producido una perversión de los valores fundamentales reconociendo más importancia a la libertad que a la vida misma. La primacía y troncalidad que corresponde por su propia naturaleza a la vida ha sido usurpada por la libertad. Pero sigamos adelante dándonos un paseo por la vida que encontramos en los jardines botánicos, en los parques zoológicos y en las instituciones sociales como los hospitales. En todos esos lugares hay vida pero no de la misma categoría o dignidad. El asunto es muy serio porque la confusión de las diversas clases de vida conduce a situaciones humanas absurdas y dramáticas como ocurre cuando alguien dispensa a las plantas o a los animales las atenciones y el respeto que niegan a las personas humanas.

1. De paseo por el Botánico

Los jardines botánicos son instituciones creadas como museos de belleza vegetal destinadas principalmente al estudio, la conservación y divulgación de la diversidad de las plantas. En esos jardines o museos de belleza vegetal se exhiben colecciones de plantas vivas que se cultivan para asegurar su conservación e investigar sobre la naturaleza de su vida y belleza. Por lo general los turistas e

investigadores pueden encontrar allí plantas procedentes de todo el mundo. Por ello suelen resultar muy interesantes los recintos reservados a plantas exóticas que requieren cuidados especiales para su conservación. Son los llamados invernaderos cálidos para plantas tropicales en los que existen dispositivos de equipamiento que corrigen los factores climáticos locales recreando el clima apropiado para determinadas plantas. Hay jardines botánicos abiertos a toda clase de plantas y otros especializados en algunas de ellas. Los jardines botánicos son lugares dignos de ser visitados por la belleza que en ellos se exhibe y el interés científico que suscitan. Pero lo que más llama la atención de los científicos y turistas que visitan esos lugares es la forma de vida allí existente, su manera de generarse, desarrollarse y morir. Se trata de una forma de vida peculiar que es la vegetativa.

Metafóricamente hablando podemos decir que las plantas lloran o se quejan cuando son maltratadas. Los poetas tienen en ellas el terreno abonado para descargar sus sentimientos en metáforas literariamente bellas y los científicos encuentran sus delicias estudiando los movimientos de generación, desarrollo y muerte de las plantas. En todos estos procesos las plantas se mueven desde sí mismas y a ese movimiento es a lo que llamamos su vida. Las plantas llevan dentro de sí el principio genético que las pone en movimiento por el que las consideramos como seres vivos. Su vida es su movimiento. Por lo mismo, la diversidad de plantas viene dada por la diversidad de movimientos vegetativos que apreciamos en ellas. Un bloque de granito es removido o empujado desde fuera de sí mismo mientras que una planta se mueve desde sí misma y podemos clasificar sus movimientos vitales. Las piedras propiamente hablando no se mueven mientras que las plantas sí se mueven desde sí mismas y por ello las hemos de tratar como seres vivos, cosa que no puede decirse de una mole de granito. El movimiento intrínseco de las plantas constituye el primero y más elemental grado de vida en la tierra. En los jardines botánicos hay vida porque hay movimiento impulsado por un motor interno. Las plantas no lloran ni se quejan de los males que les son infligidos, como a veces decimos poéticamente, pero son seres vivos. El sauce llorón no llora pero tiene vida y la expresa a su modo. En el otro extremo de esta vida verdadera, aunque elemental, los teólogos hablan del grado supremo de vida que es propio de Dios y su reflejo en la vida intelectual y mística de los hombres. Pero no voy a entrar en esta cuestión, que nos llevaría muy lejos. En su lugar me parece oportuno observar lo que ocurre en un parque zoológico. A poco que prestemos atención veremos pronto que entre la vida de las plantas y la de los animales hay algo en común pero también notables diferencias.

Que las plantas son seres vivos no es algo que se percibe sin un mínimo de observación empírica seguida de reflexión. Nos percatamos, por ejemplo, que ha crecido la hierba del campo y que los árboles crecen en los bosques y en los jardines. Pero a simple vista no percibimos su crecimiento. Llega la primavera, y de la noche a la mañana nos sorprenden los almendros floridos como precursores arriesgados de todas las flores, hojas y frutos de la flora ambiental. Nos encontramos con un hecho de vida maravilloso cuya génesis y desarrollo nos ha

pasado desapercibido. Sólo los científicos disponen de medios tecnológicos para seguir de cerca esos movimientos de la vida vegetal. Vemos las flores del campo nacidas y crecidas, pero no las vemos crecer a simple vista. Vemos las praderas gélidas y muertas durante el invierno y en verano segamos la hierba que ha nacido y crecido durante la primavera. Durante el invierno los árboles frutales parecen estar muertos y en otoño nos sorprenden y obsequian con sus generosos frutos. Estos fenómenos de la naturaleza son vitales pero necesitamos de tiempo y reflexión para descubrir en ellos una forma elemental y maravillosa de vida. Es la que denominamos vida vegetativa.

2. Visita al Zoológico

Cuenta el humorista que unos padres llevaron a sus hijos pequeños a visitar el Zoológico. Durante el recorrido celebraron diversas escenas protagonizadas por los animales con gran regocijo para los niños. Pero al acercarse a la zona de los simios, uno de ellos se quedó mirando a un mono y exclamó espontáneamente: ¡mira, papá, cómo se parece a ti ese monito! Humor aparte, entremos ahora en el parque zoológico y veamos cómo se nos revelan allí los movimientos vitales de los animales. Lo primero que sorprende observando la vida de los animales es la similitud biológica y expresiva de sus movimientos vitales y los de los seres humanos. Entre el hombre y los animales hay una cercanía somática y expresiva notable que no se aprecia en la vida de las plantas. Los estudios más avanzados sobre el genoma humano demuestran que la cercanía genética entre algunos animales y el hombre es sorprendentemente notable. Pero igualmente resulta sorprendente la enorme distancia existente entre la calidad de la vida animal y la humana. Los animales nacen, viven y mueren de forma muy parecida a como lo hacemos los humanos y esos movimientos vitales pueden ser seguidos de cerca sin necesidad de recurrir a técnicas científicas. La similitud de la vida animal con la humana es tal que se habla incluso de derechos humanos de los animales y hay personas que se sienten más cerca afectivamente de los animales que de las personas. Pero esto es un error grave de percepción y en muchos casos la consecuencia lógica de estados emocionales traumáticos causados por el desamor o las injusticias sociales. Lo que tenemos de común los humanos con la vida de las plantas y la de los animales es genéticamente mucho pero las diferencias son sustanciales y no sólo graduales. Esta afirmación requiere algunas matizaciones que haré después de recordar algunos datos objetivos y realistas sobre las manifestaciones de la vida humana en sociedad.

3. Comportamientos sociales y antisociales

El hombre, decía el filósofo griego Aristóteles (384-322 antes de Cristo) es un animal social. Esto es verdad pero no toda la verdad. El hombre no sería social sin su condición ontológica racional. Lo que ocurre es que la racionalidad lleva aneja la posibilidad de ejercer la libertad y con ella la posibilidad también de comportarnos en sociedad como seres irracionales. Esta es la gran paradoja de la condición humana. Todos estamos llamados por la naturaleza a comportarnos de forma razonable y responsablemente libres pero muchos prefieren llevar una vida personal y social irracional e irresponsable. El fanatismo político, religioso y científico son las formas de conducta social que más nos acercan a lo irracional e inhumano. De ahí la lección que muchas veces podemos aprender los seres humanos de la vida de las plantas y de los animales. La vida de las flores, por ejemplo, produce una sensación de felicidad específica. Basta contemplar el espectáculo vivo de la primavera o la caída de las hojas en otoño para que nuestros sentidos se sientan halagados por la belleza de la naturaleza y la inteligencia irrumpa en reflexiones sobre esos movimientos vitales de nacimiento, desarrollo y ocaso natural. Pero en un campo habitado por animales sus movimientos vitales son aún más sorprendentes por el hecho de que los percibimos a simple vista y nos resultan muy similares a los movimientos vitales de los seres humanos. Ante los animales sentimos placer y alegría, como ante las plantas, pero también miedo y estupor por la naturaleza de sus movimientos y la similitud de su conducta con la nuestra. En efecto, hay animales mansos, pacíficos e inofensivos pero también agresivos, peligrosos y extremadamente violentos. Es obvio y científicamente cierto que el nivel de los movimientos vitales de los animales es notablemente superior al de las plantas y más cercano al de los hombres. Pero aquí está el nudo gordiano de la cuestión. ¿Son ellos, los animales, los que se parecen a nosotros, o somos nosotros los que nos parecemos a ellos? Si analizamos los comportamientos sociales de muchas personas cabría pensar que algunas de ellas se comportan más como animales que como hombres. Y viceversa, observando la conducta de algunos animales en determinadas circunstancias tenemos la impresión de que se comportan incluso mejor y más ejemplarmente que muchas personas. Pero estas percepciones superficiales nos pueden llevar al error grave de confundir la naturaleza del reino animal con la naturaleza humana, lo cual tiene aplicaciones prácticas hoy día lamentables en el campo de los derechos humanos, de las relaciones personales y de la bioética. Para evitar este error antropológico pienso que pueden resultar útiles la reflexiones siguientes sobre la analogía de la vida.

4. Formas de vida analógicas

El término analogía evoca la proporción o semejanza existente entre cosas diversas. Fenotípicamente, por ejemplo, hay monos y personas que se parecen mucho y, sin embargo, sería una falta de respeto grande tratar a esas personas

como simios considerándolas como objeto de mofa y divertimento. En términos filosóficos el término analogía se usa para referirnos a la relación de semejanza que tienen unas cosas con otras sin confundirlas. La analogía es el término medio alternativo a la univocación y a la equivocación. Se llama unívoco a un término o palabra que se aplica a objetos diversos con idéntica significación. Hablamos en sentido unívoco siempre que usamos palabras con una sola significación aplicándolas a cualquier asunto o realidad. Por ejemplo, la gente poco reflexiva confunde fácilmente el poder físico con el poder moral. Esta propensión se aprecia fácilmente en los niños cuando los adultos les decimos que no se puede hacer tal o cual cosa. Los niños y las personas psicológicamente simplistas encuentran especial dificultad en distinguir entre lo que físicamente es factible y ética o moralmente inaceptable o desaconsejable. Al univocar el término poder piensan que todo lo que es física o mecánicamente factible y ejecutado es, por lo mismo, éticamente bueno o agible. Esta mentalidad es la que está de fondo en la denominada ética de los hechos consumados. Todo lo hecho, por el mero hecho de haber sido materialmente realizado o provocado es considerado ética y moralmente aceptable y eventualmente recomendable. Se produce así una confusión lamentable del ser con el deber ser. El razonamiento infantil y simplista derivado de esta confusión es que ciertas formas antisociales e inhumanas de conducta, por el mero hecho de ser una realidad social, han de ser reguladas legalmente, pero jamás rechazadas por ser malas. Un ejemplo del más bajo nivel humano en este sentido lo tenemos en las leyes que regulan las prácticas abortivas y otras bien conocidas por los expertos que permiten la destrucción de vidas humanas en el contexto de la bioética. En el otro extremo está el uso de términos equívocos. El término equívoco es una palabra o nombre aplicado a cosas distintas con significado también distinto en cada una de ellas. El único lazo común entre las cosas denominadas es el nombre. Todo lo demás, objeto y significación es diferente. Hechas estas aclaraciones previas me parece oportuno añadir las reflexiones siguientes.

El valor más precioso de la naturaleza es la vida de cada persona humana. Basta un pequeño esfuerzo de reflexión para percatarnos de que toda actividad humana tiene sentido en tanto en cuanto es de algún modo expresión de la vida. Pero el término vida sin más, como todos los que expresan algo grande, es un concepto indefinible de suerte que sólo podemos entender su significado de forma descriptiva. Lo cual significa que no nos queda otro recurso que observar reflexivamente sus diversas manifestaciones. El término vida es un concepto abstracto inducido del acto de vivir que se aplica a las diversas especies de vida las cuales en algo convienen y en mucho difieren. Por lo cual sólo se puede hablar de la vida con corrección y provecho en sentido analógico. Así, por ejemplo, hablamos de vida vegetal, animal, humana y divina; de una buena o mala vida; de vida intelectual, científica, cultural, filosófica, mística, afectiva, política, artística, moral, espiritual, biológica, sedentaria, errante, agitada, pacífica y así sucesivamente. Pero en todas estas formas o manifestaciones de la vida hay algo en común y diferente por lo que no podemos razonablemente eludir la pregunta siguiente. ¿Qué hay de común entre todos los seres considerados vivos y en qué se diferencian entre sí?

La característica que diferencia radicalmente a todo ser vivo del no vivo es la automoción o movimiento intrínseco. Quiero decir la capacidad del viviente para moverse desde dentro de sí mismo. La automoción humana, por ejemplo, implica la capacidad de dirigirnos a nosotros mismos o auto-dirigirnos mediante el ejercicio de la vida intelectual y amorosa hacia la meta de nuestra perfección específica como humanos. La vida humana no es un derivado más complejo de la automoción vegetal o animal sino algo esencialmente diferente de los actos y movimientos del conocimiento sensitivo y de los instintos meramente zoológicos. Un buen ejemplo de ello puede ser la actividad laboral realizada por un hombre y un animal cualquiera, aunque sea una admirable y laboriosa abeja. Por otra parte, todos los seres vivos poseen un instinto natural de conservación de su vida y ponen en marcha espontáneamente los mecanismos propios de defensa. El instinto de conservación lo lleva a adaptarse a las condiciones más favorables del medio ambiente y todos crecen orgánicamente con crecimiento vital desde dentro de sí mismos. Es un aumento configurativo de partes orgánicas hasta conseguir la forma y figura propias de la especie vital a que pertenecen. Además, sólo los seres vivos transmiten su especie por el proceso reproductivo en base a un principio interno seminal producido por la propia sustancia. Por ello, cuando decimos, por ejemplo, que una máquina se alimenta, o reproduce robóticamente la vida, estamos hablando en sentido metafórico y literario pero no científico y real. Lo mismo cabe decir cuando se hacen comentarios sobre el “cerebro de los ordenadores” como si estos fueran inteligentes. Es obvio que este lenguaje es metafórico y no refleja la realidad de lo que literalmente significa. Las computadoras y los robots son fruto e imitación mecánica de la inteligencia humana, que es la que posee vida, y no las máquinas, que son instrumentos no vivos producidos, movidos y utilizados por el hombre. El ser vivo se caracteriza también por poseer un cuerpo orgánico u organismo. Esto significa que, para realizar su vida, dispone de unos órganos específicos con funciones subordinadas al todo vital. Al obrar vital le corresponde, en efecto, un principio de vida comúnmente llamado alma, el cual se define técnicamente como el principio vital de la sustancia vida, animador o vivificador del cuerpo (I, q. 75 a.1). En este sentido se dice que existen tres principios o almas: vegetativa, sensitiva y humana.

Los fenómenos globales de la vida no se explican en función de la actividad propia de las partes del organismo ni de los factores físico-químicos que en dichas partes están asumidos. Estos factores tienen su propia causalidad, a veces opuesta entre ellos mismos. Por eso, para que la vida íntegra del viviente se sostenga, es preciso que exista un principio vital del todo viviente. En el caso del hombre, el alma humana. Por esta razón, fuera del organismo vital, el resto de los elementos integrantes recobran su autonomía sustancial volviéndose a producir sus efectos propios no vitales. Un ejemplo patente de esto que termino de decir lo tenemos en el cadáver humano. Desaparecido su principio vital o alma, ningún movimiento en dicho cadáver es ya humano rigurosamente hablando. Todo lo que allí crece o se transforma pertenece ya al orden o nivel de los principios vegetativos. Por el contrario, mientras está presente el alma o principio vital, lo quími-

co y vegetativo es asumido por lo racional participando de su dignidad humana. El sujeto de honor, de derechos y de injusticias es el todo personal humano. Así, por ejemplo, la herida en el brazo no es injusticia contra el cuerpo sino contra la persona de la que es miembro integral. El cadáver, en cambio, ya no es sujeto de derechos y obligaciones sino puro objeto de propiedad. En cualquier caso, todos los seres vivos (plantas, animales y personas humanas) tenemos algo en común que es la capacidad de movimiento intrínseco y su proceso de génesis, desarrollo y muerte. Pero las diferencias entre estas formas de vida son muchas e importantes. Son diferencias específicamente sustanciales y no solo de grado. La vida vegetativa, por ejemplo, no da un salto cualitativo para convertirse en vida animal sino que se genera, desarrolla y muere dentro de su propio ámbito vegetativo. Igualmente, aunque el mono se vista de seda, mono se queda. Por más que genética y fenotípicamente se parezca al hombre, sigue siendo animal y no hombre. Y el hombre, aunque se vista el mono para trabajar, no cambia su naturaleza humana. Por otra parte, es muy importante destacar el hecho de que en la vida de los hombres las dimensiones vegetativas y animales no se excluyen sino que son asumidas y formalmente incorporadas a la personalidad. Pero lo que somos sustancialmente como humanos, nuestro principio vital, no es el punto culminante de un proceso evolutivo de lo vegetal y animal que hay en nosotros sino la forma sustancial propia y específica por la que somos hombres, personas humanas y no plantas o animales. Todos los seres vivos se mueven desde sí mismos, y en esto son iguales, pero cada uno tiene su principio vital de movimiento diferente. Como si dijéramos: todos los vehículos que circulan por la carretera son iguales en cuanto que están en movimiento, pero cada uno de ellos ha sido fabricado por una firma comercial diferente y funciona mejor o peor con su propio motor. Pues bien, la marca de fábrica de los seres humanos y su motor o principio vital son sustancialmente distintos de la marca o especie vegetal y animal, por más que compartan elementos comunes iguales o muy parecidos.

Las reflexiones que termino de hacer son particularmente relevantes aplicadas al campo de la bioética y de los derechos humanos. Más en concreto cabe hacer las matizaciones siguientes. La concepción unívoca de la vida, como si entre la vida vegetativa, animal y humana no hubiera diferencia sustancial ninguna lleva derechamente a tratar la vida humana en medicina como se trata a las plantas y animales en botánica y veterinaria. Lo cual conduce inevitablemente a la procreación natural o artificial de seres humanos condenados a muerte en algún momento de su existencia. O lo que es igual, el concepto unívoco de la vida degenera en *biotanasia*, que es el reverso negativo de la bioética y se refiere a todas las formas de destruir vidas humanas alegando pretextos científicos, terapéuticos, humanitarios y legales. Por otra parte, la concepción equívoca de la vida nos lleva a tratar las diversas formas de vida como si entre ellas no hubiera nada en común, lo cual es tan falso como pensar que todas son iguales. Esta forma equívoca de entender la vida conduce al trato irresponsable del medio ambiente, al sadismo en el trato de los animales y la violación de los derechos humanos fundamentales. Todos los seres vivos convienen en algo, como es el movimiento y la organicidad,

pero difieren en mucho. De ahí la necesidad de evitar el *univocismo* y el *equivocismo* optando por la analogía. Univocan el sentido de la vida quienes, por ejemplo, abogan y luchan por los derechos ecológicos y zoológicos. La mística univocista de la vida es el trasfondo mental de muchos filántropos, protectores sentimentales de los animales y románticos de la naturaleza. Lo mismo cabe decir de las corrientes filosóficas mecanicistas que no admiten más que una diferencia de grado entre el hombre y los demás seres de la naturaleza. Con la misma mentalidad univocista hay personas que serían capaces de destripar a un pobre por la más mínima injuria recibida de él, o de abortar a una criatura humana alegando razones de humanidad, al tiempo que se desviven por una manada de animales domésticos o la protección de una planta venenosa. Entre la vida del hombre y la de los animales no solo no se admite ya en algunos sectores socialmente poderosos la primacía de la vida humana, sino que incluso se la estima menos que la vida animal. Otros, en cambio, aunque en menor escala, consideran como vida hasta los procesos químicos y mecánicos de los seres inanimados. Los panteístas sentimentales de cuño materialista consideran el todo cósmico como un inmenso ser vivientes aplicando el término vida a cada uno de los elementos o partículas que estructuralmente lo constituyen. En tal sentido hasta las piedras son seres vivos. Todas estas sinrazones podrían evitarse fácilmente aplicando el método analógico a la vida aprendiendo a discernir entre lo que es vivo literaria y metafóricamente, y lo que es realmente vida humana, con todo lo que ésta tiene en común con las especies inferiores de vida, y de propio y misterioso en su dignidad o excelencia propia. La afirmación de lo que hay en común entre las diversas especies de vida no autoriza a negar lo que cada una de ellas tiene de propio. Igualmente, la afirmación de lo propio no autoriza a menguar nuestra realidad humana despreciando lo que genéricamente compartimos con las especies de vida inferiores. Toda visión unilateral de la vida humana nos puede convertir en meros mecánicos o chatarreros del cuerpo humano, como ocurre a muchos científicos y profesionales de la medicina en el ámbito de la bioética. O también en combativos y fanáticos miembros de la sociedad protectora de animales y del ecologismo irresponsable. Estos errores tan graves se podían atenuar mucho aprendiendo a conocer la realidad de la vida aplicando el método analógico, que es el único en el cual se tienen en cuenta todos los aspectos reales de la vida y de sus manifestaciones.

5. El gozo de la vida y la tristeza de la muerte

La aparición de la vida produce alegría y felicidad. La irrupción de la muerte, por el contrario, ensombrece la alegría de vivir. Paseando por un parque en primavera no es raro el espectáculo de niños asombrados ante la floración de una margarita, por ejemplo, o ante cualquiera otra explosión de vida vegetal. Luego entramos en el zoológico y los niños gritan de alegría y estupefacción contemplando los movimientos y gestos vitales de los diversos animales. Pero hay una

explosión de alegría frente a la vida que merece una atención particular. Me refiero al grito espontáneo de felicidad cuando una mujer toma conciencia de que ha concebido un hijo en sus entrañas, cuando siente dentro de sí los movimientos de la nueva vida y, por fin, lo da a luz.

Hasta las personas humanamente más degeneradas por su mala conducta se enternecen ante un niño recién nacido. Sin ningún lugar a dudas, el primer impacto de la vida recién nacida en la gente sana e inocente es de alegría y felicidad. Hasta tal punto que puede hacer desaparecer psicológicamente del recuerdo los dolores sufridos durante los partos difíciles. La muerte, por el contrario, que no es otra cosa que el término del desgaste natural de la vida, produce indefectiblemente en las personas normales una sensación de impotencia, fracaso e infelicidad inevitable. La vida es alegría, felicidad y esperanza. La muerte, el reverso de la vida, produce en nosotros una tristeza profunda y la sensación de impotencia y fracaso. Este impacto frustrante de la muerte tiene lugar de forma dramática en quienes se han olvidado durante la vida de buscar el sentido de la muerte de modo que ésta los pilla desprevenidos, o cuando es ya demasiado tarde para activar los mecanismos normales de la reflexión para aprender a dejar la vida terrena con dignidad. Existe la lucha por la vida porque ésta es el valor troncal sobre el que se asientan todos los valores humanos. Todo lo que hacemos tiene sentido en la medida en que contribuye a crear vida y conservarla. En esta misma medida nuestra conducta humana es buena y conduce a la felicidad. La experiencia demuestra que la vida compensa y paga, antes o después, lo que hacemos por ella al tiempo que pasa inexorablemente factura por el daño que la hayamos infligido. En el mundo actual no es difícil encontrar dos clases de personas e instituciones: la de aquellas que crean y aman la vida y la de aquellas otras que tienen particular interés en destruirla. Paralelamente han surgido dos ciencias: la bioética, que representa a la cultura de la vida, y la biotanasia, que representa a la cultura de la muerte. Ambos aspectos los he estudiado en mis obras *Bioética y Biotanasia* (Madrid 2010), y *La Biotanasia* (Burgos 2011).

Los momentos cruciales de la vida humana son su origen inmediato en la configuración del cigoto y constitución del código genético, el desarrollo de la nueva vida surgida y su muerte. Lo paradójico e incomprensible es el modo de generar y tratar a la vida humana emergente. Mientras unos la cultivan y aman de forma natural hasta que ella misma se consume como consecuencia de su propio desgaste vital, otros la producen artificialmente y la maltratan hasta destruirla salvajemente en los momentos más precarios de su existencia, o mediante las guerras, alegando motivos científicos, sociales y paradójicamente terapéuticos. Otros, en cambio, después de haber amado hasta el extremo su vida propia y la de los demás, se despojan amorosamente de ella con la esperanza puesta en la resurrección de Cristo vencedor de la muerte. En cualquier caso la vida es dura para todos y el hecho mismo de vivir conlleva un cansancio vital que nos pone en situaciones límite. Vale la pena reflexionar sobre las características de este cansancio anejo a la vida.

6. El cansancio vital

Es normal que después de un día intenso de trabajo o al final de una jornada cargada de tensiones nos sintamos cansados, fatigados o agotados. Existe también el cansancio sin causas aparentes. Cuando tal ocurre es aconsejable la consulta médica ya que puede ser una de las primeras manifestaciones de alguna enfermedad latente. A veces la causa del cansancio es psíquica y el aburrimiento produce una falta general de interés y la sensación de cansancio continuo. Igualmente, la ansiedad agota a la persona que la padece de manera prolongada y cuando va acompañada de insomnio provoca una sensación de gran debilidad. El cansancio (astenia, agotamiento, letargo) es una sensación subjetiva de falta de energía física, psíquica o de ambas al mismo tiempo. Que esta sensación se produzca después de cualquier esfuerzo físico o mental es normal y no pasa nada. Se descansa y asunto terminado. Con el descanso se recuperan las energías y la vida continúa. Pero cuando el cansancio llega hasta el agotamiento de todas las energías actualmente disponibles se convierte en uno de los peores consejeros porque nos hace perder el gusto por la vida. Cuando estamos cansados, física o psíquicamente, y no nos recuperarnos satisfactoriamente con el descanso, corremos el riesgo de perder el gusto incluso por aquellas cosas y actividades que antes realizábamos con placer. En la vida normal, el trabajo sin descanso es irracional e inhumano cuando es impuesto desde fuera por alguna instancia represiva, y síntoma de alguna disfunción educativa o psíquica cuando alguien se lo impone a sí mismo sin necesidad. Sin embargo, no es de este cansancio natural o impuesto por los hombres del que quiero hablar ahora. Tampoco del cansancio patológico. Ahora me interesa hablar, aunque sea brevemente, del “cansancio vital” asociado al desgaste natural de la vida y que se aprecia sobre todo en la ancianidad. La sensación de cansancio es connatural a la senectud y la razón es obvia. Una vez entrados en la pendiente de la vejez se produce un descenso progresivo sin marcha atrás de nuestra capacidad y resistencia física. Durante la juventud se tiene la sensación de que incluso las energías vitales perdidas durante una enfermedad se recuperan después. Pero con el curso de los años se empieza a tener la impresión contraria. Después de una gripe, una intervención quirúrgica o de cualquier contratiempo con la salud física, hay energías que se pierden irreparablemente y las que se recuperan nunca lo es al ciento por ciento. Incluso los que llegan a edades muy avanzadas disfrutando de buena salud acusan ese desgaste vital. De ahí que tal desgaste sea un fenómeno natural que la razón ha de asumir como normal. Esto significa la aceptación de nuestra condición humana destinada en este mundo a la finitud y el ocaso.

Hasta tiempos relativamente recientes en los países desarrollados, y aún hoy en los no desarrollados, la gente moría pronto. Cuando hablaban de la experiencia de las personas mayores y respeto a los ancianos, se referían a personas de 50 años de edad, que era superada por muy pocos y no por muchos años más. Esto significa que morían o mueren sin haber experimentado el desgaste vital progresivo sin marcha atrás que supone hoy día llegar a los 90 y 100 años de edad. Es

algo así como empezar a caer por un precipicio lentamente, e incluso sin penas ni dolores, pero con la certeza de que no hay retorno. La denominada “tercera edad” es una conquista del progreso. Pero falta mucho para reparar los estragos del cansancio vital que suponen esos años más de supervivencia ganados respecto de nuestros antepasados. Hay ancianos que, sin renegar de la vida y sintiéndose incluso agradecidos a ella, se sienten cansados de vivir. Su cuerpo, como un viejo palacio en ruinas, amenaza con desplomarse en cualquier momento, y en su espíritu no hay ya más proyectos e ilusiones que la conquista del sueño de la paz. La cuesta de la vida es escarpada y fatigosa incluso para los más fuertes y al final todos terminamos cansados si no extenuados. Dada nuestra débil condición humana, no es extraño que con el paso de los años nos cansemos de vivir, de buscar la verdad, de ser libres y hasta de amar. De ahí la importancia de usar a tiempo la razón para hacer las provisiones necesarias de verdad, libertad y amor que necesitamos para afrontar con dignidad y esperanza el invierno de la vejez y la muerte. Pero sin forzar la naturaleza. Ella es la que nos va diciendo lo que podemos o no podemos hacer en cada momento de la vida y nos enseña a despojarnos de la túnica de la mortalidad para revestirnos de la inmortal sin violencia ni traumas. De ahí la necesidad también de activar la memoria de nuestros recuerdos felices en lugar de reactivar la memoria histórica de las miserias y calamidades humanas de nuestros antepasados. Hay que aprender a dejar esta vida mortal con sentimientos de alegría y gratitud mediante la conquista de la paz personal y la esperanza. Se dirá que esto es más fácil decirlo que experimentarlo. Así es sin duda, pero no es menos cierto que en la cultura cristiana el logro de la paz personal y de la esperanza en un futuro feliz fuera del espacio y del tiempo está garantizado. La cuestión es cómo descubrir personalmente el mensaje esencial de los hechos y dichos de Cristo dejando a un lado el polvo histórico de las instituciones sociales que impide percibir con facilidad y objetividad el verdadero mensaje humano y redentor de Cristo como rostro visible de Dios y vencedor de la muerte.

LA AVENTURA DEL AMOR



Venus y Cupido

Amor es un término gastado y adulterado. A pesar de ello, el amor es la salsa de la vida. Sin amor la vida sabe a poco y en determinadas circunstancias a nada. Los suicidas y los desesperados son una prueba contundente de que vivir sin amar y ser amados es como un menú amargo psicológicamente intragable. Pero ¿qué es el amor realmente humano y cómo vivirlo? Esta es la cuestión.

1. Amor sexual

Hay gente que confunde el amor con las relaciones sexuales. Según esta mentalidad, hay amor cuando hay intimidad sexual y donde no hay intimidad sexual no hay amor. El incentivo natural del amor sexual es el placer con el que la naturaleza ayuda generosamente para afrontar los quehaceres de la procreación. Hay mujeres que aceptan prestar sus favores sexuales a los hombres con vistas a ganarlos como posibles maridos. Otras veces la mujer busca a cualquier precio a un hombre para tener un hijo y alcanzado este objetivo tal hombre no la interesa más para nada. Por el contrario, hay hombres que se casan para tener mujer y usarla sexualmente y no para tener hijos. Hay otro tipo de gente que separa por completo y de un modo peculiar el sexo del amor. El caso más extremo y emblemático lo tenemos en las prostitutas y sus clientes. La relación sexual en este contexto es un contrato comercial que se realiza al margen del amor sin excluir el desprecio personal y el odio. Tanto las prostitutas como sus clientes saben muy bien que el amor humano es una vivencia que nada tiene que ver de suyo con las relaciones sexuales. Estas personas piensan que el amor es algo que se hace y el hacerlo tiene un precio. ¿Hacemos el amor? ¿Cuánto cobras? O bien, ¿te gusta sexualmente este hombre o aquella mujer? Todos estos y estas que así piensan y actúan lo hacen siendo plenamente conscientes de que no existe vinculación ninguna entre sexo y amor. En este mismo contexto cuando se habla de educación sexual en realidad se está hablando, antes que nada, de enseñar a practicar

técnicas sexuales placenteras sin riesgos para la salud, la convivencia con terceras personas o para la economía. Lo importante y preocupante de esta mentalidad es que el amor humano, en la práctica, es confundido con las relaciones sexuales en bruto sin excluir las más degeneradas y humanamente perversas. Es una forma muy elemental y primitiva de entender el amor que termina poniendo a las personas fuera del uso correcto de la razón, que es la primera nota ontológica de humanidad. El ejercicio del sexo crudo, de la homosexualidad, del lesbianismo, de la sodomía y prostitución, en sus múltiples y sofisticadas formas modernas de expresión, dan una idea aproximada de la degeneración del amor humano polarizado en el ejercicio bruto de la sexualidad.

2. Amor de enamoramiento

En un contexto más civilizado y comúnmente aceptado el amor es asociado al enamoramiento. Según esta forma de pensar, el amor es la actividad propia de los enamorados. Así pues, hay amor cuando hay enamoramiento y cuando éste desaparece se entiende que ha desaparecido también el amor. Un hombre y una mujer se casan, tienen hijos y esperan a que estos crezcan para divorciarse porque, dicen, el amor entre ellos ha terminado. O lo que es igual, la etapa de enamoramiento ha pasado o no existió nunca. Esta identificación del amor con el enamoramiento, llevada a la práctica en la vida de familia, es una de las principales causas del fracaso de las parejas y origen de sufrimiento humano. Eso que comúnmente llamamos enamoramiento sume a los enamorados en un estado emocional asociado al mundo de las obsesiones. Los enamorados, en efecto, son poseídos por una mezcla de manía, demencia y obsesión que los margina respecto de sus amigos y de sus familias. Se observan en ellos y ellas formas extrañas de comportamiento que inducen a pensar que han perdido parcial o totalmente el uso de la razón. Por ello algunos analistas no dudan en catalogar el fenómeno psicológico del enamoramiento en clave patológica como una especie de psicosis asociada a la obsesión. De ahí también que el enamoramiento tenga un precio alto que afecta seriamente a la libertad de nuestros actos y forma correcta de pensar. Mucha gente se ha suicidado como desenlace fatal del enamoramiento patológico. En el lenguaje sencillo y coloquial esta enfermedad letal del enamoramiento fuera del control racional y de la libertad se denomina “mal de amores”. El enamoramiento, desde el punto de vista psicológico, es un estado de atracción y pasión de corta duración y estrechamente relacionado con la necesidad biológica de procreación. Es la trampa en la que caen los enamorados cuando viven condicionados por el instinto de supervivencia. Durante ese periodo de tiempo se obsesionan con la persona amada queriendo estar a su lado todo el tiempo y a cualquier precio. Es como un hechizo fisiológico que nubla su razón y los vuelve adictos al objeto del deseo. El enamoramiento induce a los enamorados a distorsionar la realidad proyectando una imagen idealizada de la persona amada. Los enamorados están tan cegados por el torbellino emocional que sienten

en su corazón que no ven al otro tal como es sino como les gustaría que fuese. En base a esta visión deformada, muchas personas se casan o toman decisiones importantes que son determinantes para su futuro afectivo. Pero, una vez que se desvanecen los efectos del enamoramiento, los amantes empiezan a verse tal y como realmente son. Una cosa es querer y otra, amar. Queremos cuando sentimos un vacío y una carencia que creemos que el otro debe llenar con su amor. En cambio, amamos cuando experimentamos abundancia y plenitud en nuestro interior, convirtiéndonos en cómplices del bienestar de los demás. De ahí que, a menos que cada uno de los amantes se responsabilice de ser feliz por sí mismo, la relación puede convertirse en un campo de batalla. De hecho, muchas parejas terminan encerrando su amor en la cárcel de la dependencia emocional, creyendo erróneamente que el otro es la única fuente de su felicidad. Es entonces cuando aparece en escena el apego tiránico del uno al otro creyendo que sin el otro no se puede vivir. Aparecen igualmente los celos al sentir miedo a perder al compañero o compañera sentimental y la posesividad, tratando al otro como un objeto de propiedad. Sin excluir el rencor y el odio cuando una de las partes siente rabia hacia la otra considerándola como la fuente principal de todos sus males.

No es necesario realizar estudios científicos rigurosos para constatar que el enamoramiento es un estado psicológico en el cual la persona enamorada siente dentro de sí una dependencia sentimental obsesiva por otra persona al margen de toda razón. En los casos extremos la imagen sentimental de esa persona se graba con tal fuerza en la imaginación de la persona enamorada que automáticamente excluye cualquiera otra imagen que entre en competencia. Si ese estado sentimental no madura con el tiempo, filtrándolo en la razón, las consecuencias pueden ser imprevisibles y casi siempre nefastas. Todos los crímenes pasionales de la historia y finales trágicos entre personas enamoradas tienen una explicación en el hecho de que cuanto más se intensifica el estado de enamoramiento más se debilita el uso de la razón. De ahí también que los verdaderos amigos se quieren pero no se enamoran. El enamoramiento corrompe la amistad y dificulta el uso correcto de la razón, mientras que la verdadera amistad y el amor auténtico, que es el personal, ayudan a madurar el uso de la razón y el ejercicio responsable de la libertad individual de los enamorados. El enamoramiento suele ser en la práctica enemigo de la verdadera amistad porque es ciego y nos impide ver y querer a las personas como realmente son. Es como un estado febril placentero que, o desaparece o termina arruinando la salud mental de los enamorados. En el lenguaje coloquial se expresa esto mismo cuando se dice que tal persona está “chalada” o “loca” por otra. No en vano en inglés enamorarse de una persona es “to fall in love”, con lo cual se sugiere la idea de “caída”. Caída, sin duda, del uso de la razón en el abismo de un estado emocional obsesivo que impide a los enamorados verse a sí mismos y el mundo que los rodea con objetividad. Los amigos y los que realmente se aman, por el contrario, se aprecian en un contexto emocional que no pone en peligro su libertad personal. La amistad hace posible que nuestro afecto sea compartido libre y felizmente con muchas personas al mismo tiempo sin que para ello sea obstáculo el sexo o el estado social. El enamoramiento, en

cambio, constriñe el afecto de una manera obsesiva a una persona concreta. Con el enamoramiento termina la amistad propiamente dicha y se genera otro tipo de relaciones personales que sólo impropiamente son comparables a la verdadera amistad. Los verdaderos amigos, insisto, se quieren sin enamorarse nunca. De ahí que la amistad sea posible entre personas del mismo sexo, del sexo contrario y con muchas personas al mismo tiempo sin que se produzcan conflictos emocionales o celos. Cuando esto ocurre significa que alguna de las partes no ha entrado en el verdadero ámbito de la amistad o se ha salido de él. En cualquier caso las mejores amistades degeneran cuando se enfatiza lo emocional sin pasarlo por el filtro de la razón. La vida está plagada de amistades perdidas entre personas y de familias destrozadas por causa del enamoramiento. Obviamente, hay un enamoramiento “normal” que se educa y madura pasándolo por el filtro de la razón. Cuando tal sucede el enamoramiento madura y desaparece con normalidad dejando un poso de experiencia feliz de la vida. Pero con mucha frecuencia el enamoramiento degenera en una patología de muy difícil si no imposible curación. Hay enamoramientos patológicos que requieren un tratamiento especial para evitar que terminen en tragedia. Ni el enamoramiento normal ni el patológico son opciones personales de libertad sino estados emocionales que surgen en nosotros al margen de nuestra voluntad. De ahí el riesgo de que los enamorados se vuelvan caóticos y absurdos hasta extremos indeseables e imprevisibles.

3. Amor personal

El amor realmente humano es el amor personal. Unas breves aclaraciones conceptuales ayudarán a entender correctamente el significado de esta afirmación. Entiendo por amor personal al reconocimiento incondicional de la dignidad o valor superior de toda persona humana con transferencia de aprecio, de afecto o de ambas cosas a la vez. La transferencia de *aprecio* es esencial en toda forma de amor. La transferencia *afectiva* en cambio, no es esencial, pero es muy importante en la vida real. El amor apreciativo sin transferencia afectiva hace que nuestras relaciones personales resulten respetuosas pero distantes y frías. Es un amor especulativo. Igualmente, el amor meramente afectivo corre el riesgo de degenerar en enamoramiento y desencanto. El arte de amar correctamente consiste en aprender a expresar nuestro respeto a las personas con la dosis adecuada de aprecio y afecto de acuerdo con las circunstancias en las que se encuentra cada persona. Esto es fundamental sobre todo en la vida matrimonial y de familia y, por supuesto, en las relaciones entre amigos. De acuerdo con lo que termino de decir, el amor personal es incompatible, por ejemplo, con la destrucción voluntaria de vidas humanas. Biotanasia y amor, en efecto, son términos contradictorios. Pero aclaremos conceptos y pongamos las cosas en su sitio.

Para ello me parece indispensable distinguir entre lo que es una *persona*, objeto propio del amor humano, y lo que es su *personalidad*, sobre la que eventualmente

puede recaer nuestro rechazo o desamor al mismo tiempo. La persona humana es algo perfecto que subsiste en la naturaleza racional y que identificamos mediante un nombre sustantivo personal, como Pedro, Juan, María o Yasmine. La persona es el sujeto o individuo humano titular del DNI. La función esencial de nuestro documento nacional de identidad consiste precisamente en identificar a cada persona de suerte que no sea confundida con ninguna otra y no errar en la atribución de los méritos o responsabilidades que corresponden a cada una de ellas. A este individuo de la especie humana es al que denominamos persona, que comienza a existir desde el momento matemático de la singamia e instauración del código genético tal como aparece ya diseñado en el CIGOTO, y que continúa siendo el mismo, distinto de cualquiera otro cigoto de la misma especie, hasta la muerte. La persona es lo que somos y a cuyo nivel todos somos iguales. Nadie es más o menos persona que otra. Como personas, lo mismo antes que después de nacer, durante la adolescencia, juventud y ancianidad, sanos o enfermos, hombres o mujeres, somos todos iguales en dignidad o valía. ¿Y qué es eso tan valioso y excelente que somos como personas y que no pierde su calidad ni siquiera con la enfermedad a lo largo de la vida? Esa grandeza deriva del hecho de que toda persona humana, en cuanto persona, es *imago Dei*, o sea, imagen o reflejo de Dios por estar dotada de inteligencia independientemente del uso, no uso, bueno o mal uso que cada cual hagamos o podamos hacer de ella. Como personas, pues, somos siempre el mismo sujeto humano y todos somos iguales en dignidad o excelencia ontológica. Pues bien, la persona así entendida es el sujeto propio del amor.

La personalidad, en cambio, es todo aquello que sobreviene o acaece a la persona, bueno o malo. Así, el que una persona sea alta, baja, iracunda o amable, bondadosa o perversa, enferma de nacimiento o dotada de buena salud, guapa o fea, culta o analfabeta, dotada de cualidades artísticas o intelectuales y así sucesivamente, pertenece al ámbito de la personalidad. Por lo mismo, la personalidad significa todo aquello que adquirimos o perdemos a lo largo de la vida, para bien o para mal. Mientras la persona es siempre algo perfecto en su género e inmutable, la personalidad admite más y menos, es cambiante y lo mismo puede darse en lo bueno como en lo malo. Es correcto decir que una persona tiene más personalidad que otra pero es falso decir que una persona es más o menos persona que otra. Persona es lo que siempre somos en grado perfecto y personalidad lo que llegamos a ser lo mismo en lo bueno que en lo malo. En consecuencia, cuando se habla de amor personal, queremos decir que lo que amamos es a la persona y no a la personalidad. Por lo demás, es obvio que el amor personal es compatible con el sexo y el enamoramiento, pero no se confunde con ellos. Más aún, la experiencia de la vida enseña que por la vía sexual o del enamoramiento pocos llegan al amor personal y con muchas dificultades. Por el contrario, por la vía del amor personal las relaciones sexuales se dignifican y embellecen y el enamoramiento deja un poso de experiencia feliz compartida. Al contrario de lo que dije antes sobre el amor de enamoramiento, el amor personal es una opción de libertad en la cual intervienen el uso correcto de la razón y la reflexión. Pero el

amor personal tiene una forma de expresión muy importante en la vida humana. Me refiero a la amistad.

4. Amor cristiano

Hace dos mil años que se viene hablando del amor cristiano. Cristiano es todo aquello relacionado con la persona de Cristo y resulta particularmente interesante la forma en que Cristo entendió el amor humano. De hecho, toda su vida estuvo marcada por el amor a Dios y a los hombres. Por ello, me parece obligado recordar algunos textos cristianos en los que el amor es proclamado y enaltecido de una forma taxativa y contundente. Durante la celebración de la última cena, por ejemplo, según el relato de Juan (13,15), hubo dos momentos particularmente significativos a este respecto. El primero se refiere al gesto de Jesús lavando los pies a sus apóstoles. Al final de la escena, ante el estupor de todos, sobre todo de Pedro, Jesús les dijo que aprendieran la lección de amor que les había dado. Jesús no pronunció una bella conferencia sobre el amor para después discutir con ellos sobre si hay que amar y cómo a los demás. Realizó una práctica de amor con ellos sin dejar margen para discusiones dialécticas y estériles. Lo que Él hizo como signo de amor ellos tenían que hacerlo con todo el mundo sin necesidad de hacer discursos ni pedir explicaciones. Así de claro: “Este es el mandamiento mío, que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15,12-13).

Todo hace pensar que en este mundo el principal signo de identidad cristiana debe ser el amor y no la cruz. Los cristianos han de amarse entre ellos y amar a los demás como Cristo los amó primero reflejando el amor que existe entre Dios y Cristo. Los cristianos deben estar unidos por el mismo amor que une a Cristo con Dios Padre. Las dos cartas de Juan son una ratificación de esta primacía del amor personal por encima de cualquier otro signo distintivo socialmente idealizado como criterio de humanidad. Paradójicamente el Jesús crucificado constituye un caso único en el que la muerte es transformada en un acto de amor jamás conocido en el que son incluidos sus propios enemigos. De hecho el mismo Cristo es presentado en el Nuevo testamento con sus hechos y dichos como la personificación viviente de Dios comprensivo y amoroso en contraposición con el Dios justiciero y terrible del Antiguo Testamento. En estos textos hay un mensaje de humanidad y civismo jamás conocido hasta que Cristo lo desveló y proclamó como programa de su vida al servicio salvador de la entera humanidad. Pero esta afirmación requiere una explicación.

En la segunda parte del capítulo quinto del relato evangélico de Mateo aparece la actitud de Jesús frente a la Ley judía, que en ocasiones incumplía materialmente o la interpretaba con autoridad propia. Por ejemplo, haciendo milagros

en sábado, o censurando con dureza el materialismo leguleyo de los fariseos. En los relatos evangélicos se aprecia un enfrentamiento constante entre Jesús y los fariseos por la forma diversa de interpretar la Ley. Esta pelea continuó después entre judíos y cristianos hasta nuestros días. Cristo fijó con claridad su posición frente a la Ley de Moisés diciendo que no vino a abolir la Ley de Moisés sino a perfeccionarla. ¿En qué sentido? En el sentido de que interpreta el verdadero significado del Antiguo Testamento al tiempo que añade cosas nuevas de las cuales hablan los textos del Nuevo. Digamos que Cristo perfeccionó la Ley de Moisés superándola con su forma de interpretarla más acorde con los designios de Dios tal como puede apreciarse en los relatos evangélicos. La Ley de Moisés cumplió con una función específica hasta la ley mesiánica, pero Jesús no habla de cumplir materialmente toda la Ley antigua sino de darle vida con un espíritu nuevo. El espíritu nuevo se refiere al amor que ha de prevalecer sobre el mero cumplimiento material de leyes y normas rituales y sociales existentes. Las leyes son cumplidas correctamente cuando hay amor y no cuando son aplicadas materialmente en su totalidad y detalle. Es en este contexto del “espíritu nuevo” que hasta el más mínimo detalle de la Ley antigua conserva su valor. En caso contrario, la interpretación material de muchas prescripciones del Antiguo Testamento, de acuerdo con la interpretación de Jesús, deben ser suprimidas. Mateo relata diversos momentos en los que Cristo se pronunció públicamente sobre el Decálogo, que era como el corazón mosaico de la Ley de Moisés.

En el quinto precepto del Decálogo, por ejemplo, se prohibía matar. Jesús ratifica dicho precepto pero lo interpreta y perfecciona diciendo que también lo viola quien se enoja injustamente contra alguien o falta al respeto a una persona profiriendo insultos contra ella. El Decálogo condena el adulterio. Pero Jesús matiza que no sólo es adúltero el que comparte favores sexuales físicamente cuerpo a cuerpo con otra mujer que no es su esposa, sino también quienes se solazan con el solo deseo de hacerlo aunque físicamente no puedan o no les interese llevar a cabo sus propósitos adulterinos. La infidelidad matrimonial se consuma con la unión de los cuerpos pero nace de la infidelidad ya existente en los corazones. La Ley de Moisés propiciaba el repudio de la mujer por motivos banales y caprichosos por parte del marido. Jesús matiza que el que se aprovecha de la mujer injustamente repudiada comete también adulterio. El segundo precepto del Decálogo prohibía el perjurio. Jesús va más lejos y condena todo tipo de juramento invitando a llamar a las cosas por sus nombres; a lo blanco, blanco y a lo negro, negro. En la Ley de Moisés estaba en pleno vigor el “ojo por ojo y diente por diente”. O sea: la “ley del talión”, o lo que se conoce como la pena de muerte como supremo castigo legal. El propio Cristo fue víctima de esta prescripción legal. La respuesta exegética de Cristo a esta prescripción de la Ley de Moisés es tajante: NO. “Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha, ofrécele también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. A quien te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda” (Mt

5,38-42). Así de claro. Cristo no tiene nada en contra de las leyes penales justamente establecidas y humanamente aplicadas. Pero condena de forma tajante la ley del talión con un lenguaje irónico y típicamente oriental. No se trata de abolir las leyes penales justas pero la pena de muerte no tiene cabida en el humanismo profesado por Cristo. Esta incompatibilidad se hace plenamente patente en los dichos y hechos de Cristo relacionados con la forma de entender y llevar a la práctica el mandamiento troncal del humanismo cristiano sobre el amor.

La Ley de Moisés es perfeccionada por Cristo de una forma original y contundente a propósito del amor a los enemigos (Lc 6,27-35; Mt 5,44. 39-40. 42; 7,12; 5,46.45). Jesús, como buen judío, visitaba la sinagoga siempre que tenía la oportunidad de hacerlo para participar en las lecturas bíblicas y exponer su pensamiento. Sus intervenciones llamaban mucho la atención por las cosas que decía con autoridad propia prescindiendo de la autoridad tradicionalmente atribuida a los rabinos de oficio más famosos. Uno de esos días, dijo lo siguiente: “Pero a vosotros, los que me escucháis, yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, rogad por los que os difamen. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. A todo el que te pida, da, y al que tome de lo tuyo, no se lo reclames. Y tratad a los hombres como queréis que ellos os traten. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que les aman. Si hacéis bien a los que os lo hacen a vosotros, ¿qué mérito tenéis? ¡También los pecadores hacen otro tanto! Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente. Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio; entonces vuestra recompensa será grande y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y los perversos. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará; una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque con la medida con que midáis se os medirá”. Mateo, 5,43-44, matiza: “Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos”.

La gente estaba acostumbrada a oír aquello de “amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”. En la Ley de Moisés se preceptuaba, efectivamente, el amor al prójimo. Pero el término “prójimo” no se refería a todos los hombres, a todo ser humano, sino al que era considerado judío. En Lv 19,34 se recomienda y manda el amor al extranjero peregrino, pero no se trata de personas de tránsito sino de gente advenediza que terminaba incorporándose al pueblo judío. Por otra parte, la Ley de Moisés preceptuaba taxativamente el exterminio de los pueblos idólatras (amalecitas, amonitas, moabitas, madianitas y cananeos), para los cuales se prescribe (Nm 35,31) la venganza de sangre y la prohibición de aceptar

compensación económica por el eventual rescate de sus gentes (Nm 31,31). De la exclusividad del amor al judío y de estas prescripciones terribles contra los no judíos se llegó a la conclusión de que la ley del amor en la Ley de Moisés no se entendía en sentido universal sino en beneficio exclusivo de los judíos y exclusión total de los no judíos. Las palabras “odiarás a tu enemigo” reflejan la mentalidad rabínica en los tiempos de Cristo. En el Lv 19,18 se condena al odio de judíos contra judíos y sólo judíos. El amor al prójimo, según la mentalidad rabínica de la época de Jesús, excluía a los samaritanos, alienígenas, prosélitos o no conversos. Según los estudios de Strack-Billerbeck, la Sinagoga en tiempo de Jesús entendía la noción de prójimo, lo mismo que en el Antiguo Testamento, aplicada sólo y exclusivamente a los israelitas. Todos los demás, los no israelitas, quedaban fuera del concepto de prójimo. En la Mishna, de hecho, se legitima explícitamente la venganza y el rencor contra “los otros”, es decir, contra los no judíos y extranjeros.

Pues bien, frente a esta mentalidad Cristo presenta su enseñanza propia sobre el amor. El amor no sólo no ha de ser excluyente del no judío, sino que ha de ser universal hasta el extremo de incluir a los propios enemigos. Los judíos no sólo han de perdonarse entre sí, como manda la Ley vieja, sino que han de perdonar ellos mismos también a los demás sin excluir a nadie, ni siquiera a los enemigos. El amor y el perdón a todo ser humano sin exclusiones raciales, religiosas o culturales es una meta del cristianismo que en parte estaba incoada en el Antiguo Testamento en función de los intereses exclusivamente judíos, pero que Cristo interpretó de una forma nueva y humana susceptible de fascinar a los espíritus más nobles y civilizados. Pero no quiero terminar esta meditación sin referirme a la explicación psicológica y pastoral de S. Pablo del mandato nuevo del amor contrapuesto a los preceptos rituales y legales del Antiguo Testamento que Cristo revisa y perfecciona rectificando la idea del Dios terrible de la Ley de Moisés por el Dios del Amor revelado en Cristo.

Pablo de Tarso escribió unas palabras sobre la primacía del amor personal en la vida y enseñanza de Cristo que se han convertido en una página magistral de la literatura universal. Me refiero al capítulo trece de su primera carta a los corintios. Como aclaración previa digo que el término amor adquiere un significado nuevo que se expresa con el término caridad. Dice así: “Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad soy como bronce que suena o címbalo que retíne. Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente y servicial; no es envidiosa ni jactanciosa ni se engríe. La caridad es decorosa, no busca su interés ni se irrita; no toma en cuenta el mal ni se alegra de la injusticia y se alegra con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera y soporta. La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y

parcial nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto desaparecerá lo parcial. Cuando yo era niño hablaba como niño. Pensaba como niño. Razonaba como niño. Al hacerme hombre dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad. Estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad” (1Cor 13).

En el primer párrafo Pablo afirma la necesidad que tenemos todos del amor. Una persona puede estar dotada de cualidades humanas excepcionales. Si carece del amor ante Dios no le servirán para nada. Cuando hay una gran sequía es corriente oír este comentario: podemos vivir careciendo de muchas cosas menos del agua. Cuando ésta falta es cuando nos damos cuenta de la absoluta necesidad que tenemos de este elemento. De modo análogo, una persona puede rebosar de bienes y privilegios de la naturaleza. Pero si no es buena persona se irá en el mejor de los casos al archivo del olvido en este mundo y de los rechazados en el mundo venidero. Este párrafo es un canto al amor teniendo en cuenta al ser humano en todas sus dimensiones y aspiraciones más profundas de felicidad. En el segundo párrafo Pablo hace una descripción psicológica magistral de las propiedades o características del amor personal resaltando su belleza y dignidad moral.

En los trabajos y contratiempos la caridad es paciente y agradable. Personas hay que se dicen buenas pero olvidan fácilmente que su compañía resulta desagradable. Las personas realmente caritativas o amorosas se preocupan de hacer grata su compañía prestando más atención a los intereses de los demás que a los suyos propios. Es incompatible con la envidia. No es difícil encontrar gente que se alegra de todo corazón cuando a los demás las cosas les van mal. Cuando esto ocurre tenemos la prueba más evidente de que no hay amor. Alegrarse del mal ajeno es una vileza humana muy frecuente. Por el contrario, quien ama disfruta con lo suyo y se alegra generosamente de que a los otros las cosas les vayan bien. Sin pretenderlo disfruta con la felicidad propia y con la ajena. *La caridad no es jactanciosa ni se crece ante los demás.* Lo cual es incompatible con la arrogancia y el culto a la propia personalidad. La caridad nos invita a no hablar arrogantemente de nosotros mismos como si fuéramos los reyes del mundo. Esta fea costumbre con frecuencia no es más que el resultado de falta de reflexión o poca inteligencia. Es característico de los cortos de inteligencia hacer de sus vidas un éxito incomparable. Lo contrario de las personas bien dotadas, que contrastan sus éxitos con sus fracasos y limitaciones. La caridad nos enseña a ser realistas valorando lo que somos sin menguarlo y reconociendo lo que no somos sin exagerarlo. La caridad no prescinde de la inteligencia sino que la presupone y perfecciona. *La caridad es cortés y desinteresada.* Antes de hacer o decir algo, además de pensarlo dos veces, hemos de tener en cuenta a los demás para evitar de antemano no causarles algún daño. Igualmente, no debemos buscar ninguna utilidad inmediata en beneficio propio. Las auténticas obras de amor suelen reportar compensaciones importantes incluso en esta vida. Pero otras veces ni siquiera provocan una palabra de gratitud. Cuando tal ocurre, la persona caritativa o amorosa no retracta su acción

como respuesta a la ingratitud. Tampoco pierde los estribos (no se irrita) cuando las cosas no salen a su gusto. Del bien hecho no hay que arrepentirse nunca. *La caridad es absolutamente incompatible con los sentimientos de venganza bajo ningún pretexto.* Por ejemplo, camuflando ese instinto maligno con pretextos de justicia. Un caso histórico podría ser la pena de muerte como forma de castigo público contra criminales de rango superior en nombre del derecho a la legítima defensa. A nivel personal hay gente que disfruta ajustando cuentas a los demás por cualquier cosa baladí. Existe un viejo grupo social bien conocido para el cual sólo hay justicia cuando se ha vengado al delincuente. Es el polo opuesto del amor cristiano que postula, no sólo la ausencia de venganza en la administración de la justicia, sino el perdón al mismísimo enemigo. En este mismo sentido *la caridad no se alegra de la injusticia que otros puedan cometer aunque ello pudiera reportarnos alguna ventaja momentánea.* Esto nos trae a la memoria las trapisondas en la especulación financiera y las corrupciones políticas y administrativas. Me refiero a esas operaciones que realizan muchos políticos y financieros para enriquecerse ellos a costa de los demás. Hay gente que las conoce y no las ven mal mientras se puede sacar partido de ellas. *La caridad no legitima el disfrute de esas injusticias.* Por el contrario, se complace en la verdad y en que las cosas discurren de forma honesta y por el buen camino. Por otra parte, no niega los defectos del prójimo pero no se ceba en ellos. Al contrario, busca disculpas y atenuantes para ayudar a curar las heridas en lugar de agrandarlas. *La caridad nos impulsa a creer lo que otros nos dicen, a esperar lo que nos prometen y a ser tolerantes con los débiles e impertinentes.* Lo cual no es una invitación a ser ingenuos disponiéndonos para ser fácilmente engañados o molestados. Significa que, mientras no haya pruebas en contrario, como actitud primera hemos de suponer la buena intención de nuestros interlocutores, darles un margen de confianza y, si las cosas no salen bien, no descorazonarnos y echarlo todo por la borda. La gente necesita ser escuchada con interés y paciencia incluso cuando dice o hace tonterías. De hecho, una de las formas de caridad más apreciadas hoy día es la de aquellos que saben escuchar pacientemente a las personas que lo único que necesitan es desahogarse con alguien en medio de sus penas y soledades.

En el párrafo tercero Pablo hace una proclama emotiva de la validez permanente del amor. Con la muerte desaparecerán de un golpe todas las dotes personales que nos hayan acompañado durante la vida. Sólo la caridad permanecerá eternamente disfrutando de la unión directa y estrecha con el objeto amado. Conoceremos a Dios a la manera como somos conocidos por Él, a saber, con conocimiento inmediato, directo y eterno. Sólo en este ágape teológico tiene sentido aquello de que “el amor no muere nunca”. En Pablo de Tarso esta afirmación tiene sentido real y efectivo y no meramente poético o sentimental como en el platonismo o el romanticismo. El amor personal, más allá del amor/sexo o el amor/enamoramiento, es una realidad humana dinámica y gratificante y no una ilusión sentimental o una idea platónica congelada en el espacio sin transferencia afectiva. Este descubrimiento del amor personal, que Cristo puso como piedra angular de la felicidad humana y de la esperanza más allá de la muerte, es una novedad gozosa que se encuentra reseñada por escrito sólo en la Biblia y de ahí que,

a pesar de la dificultad de su lectura, este libro singular siga siendo tan estudiado y editado. Las fiestas de Navidad y Pascua de Resurrección son los momentos culminantes en los que siglo tras siglo la humanidad se reconforta con el recuerdo gozoso de este descubrimiento. Según Jn 13,34-35, Cristo se despidió de los suyos con palabras como estas: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros”.

A propósito de estas palabras cabe hacer las siguientes matizaciones. En primer lugar, no se trata de una simple recomendación sino de un mandato taxativo o condición indispensable para profesar el humanismo cristiano. Las novedades que Cristo introduce con la primacía del amor son las siguientes. 1) Debe ser un amor universal hacia toda persona humana y no restringido al pueblo judío. 2) Es un amor al modo de Dios, es decir, esencialmente personal y no sexual o de enamoramiento. 3) Debe ser universal, incluidos los enemigos. 4) Este tipo de amor, y no la cruz, es la verdadera y definitiva señal social del humanismo cristiano. De hecho esta primacía y forma de entender el amor en clave personal por encima de las fronteras étnicas, del sexo y del enamoramiento, es lo que fascinó al mundo pagano según los testimonios autorizados de Tertuliano y de Minucio Félix. En tal sentido me parece oportuno recordar aquí unas vetustas palabras tomadas del Papa León Magno (440-461) de su sermón séptimo con motivo de la Navidad o nacimiento de Cristo, y que traducidas, suenan así: “Al nacer nuestro Señor Jesucristo como hombre verdadero, sin dejar por un momento de ser Dios verdadero, realizó en sí mismo el comienzo de la nueva creación y, con su nuevo origen, se dio al género humano un principio de vida espiritual. ¿Qué mente será capaz de comprender este misterio, qué lengua será capaz de explicar semejante don? La iniquidad es transformada en inocencia, la antigua condición humana queda renovada y los que eran enemigos y estaban alejados de Dios se convierten en hijos adoptivos y herederos suyos.” Ante este hecho protagonizado por Cristo tal como es presentado en el Nuevo Testamento, el orador exclamó: “Despierta, hombre, y reconoce la dignidad de tu naturaleza. Recuerda que fuiste hecho a imagen de Dios; esta imagen que fue destruida en Adán, ha sido restaurada en Cristo. Haz uso como conviene de las criaturas visibles, como usas de la tierra, del mar, del cielo, del aire, de las fuentes y de los ríos; y todo lo que hay en ellas de hermoso y digno de admiración conviértelo en motivo de alabanza y gloria del Creador”.

Por todo esto que termino de decir sobre el amor personal promulgado por Cristo nos percatamos de la calidad del humanismo reflejado en los textos bíblicos del Nuevo Testamento. En la Biblia encontramos el fundamento de la dignidad ontológica y moral del hombre. Nuestra dignidad o excelencia como personas humanas radica en irrumpir en la existencia como “imágenes de Dios”. En ese nivel, como personas todos somos iguales ante Dios y ante nosotros mismos. En consecuencia, nuestra dignidad o indignidad moral radica en nuestra

forma de vivir en clave de amor personal o desamor. Desde la Biblia se entiende con relativa facilidad la igualdad ontológica de todos los seres humanos como personas y la desigualdad individual por razón de nuestra forma de vivir de una forma o de otra, en clave de amor, desamor o amor corrompido. Como personas, somos todos iguales, lo mismo hombres que mujeres, pero al mismo tiempo desiguales por razón de nuestra personalidad. Esa dignidad o excelencia personal es diferente por razón de nuestra vida moral de la que depende en gran parte la estructura de nuestra personalidad. La cuestión sobre la primacía del amor personal sobre el amor sexual y de enamoramiento es patente y clara para cualquier lector del Nuevo Testamento de cultura media y con un mínimo de sentido común. El amor cristiano ni se identifica con el amor sexual o de enamoramiento ni lo excluye. Se trata de un amor esencialmente *personal* en el que las relaciones sexuales y el enamoramiento pueden no existir para nada, y cuando existen son elevadas y dignificadas hasta el extremo de hacer posible un amor humano de tal calidad humana que abarca a todos, incluidos los enemigos. Lo cual significa que en el ejercicio del amor cristiano existen dos filtros complementarios, uno racional y otro teológico. La experiencia castiza de la vida, en efecto, y los hechos y dichos de Cristo sobre el amor no se contraponen sino que se complementan. El amor personal dignifica y embellece al amor sexual y de enamoramiento, pero no se identifica con esas formas de amar ni necesita de ellas para nada.

5. Las formas de amar

De lo dicho hasta aquí resulta obvio que el amor es un término universal que se aplica a formas de conducta diversas. Obviamente, desde el amor a Dios a "hacerlo" con una prostituta hay una distancia semántica abismal. La tendencia de inspiración freudiana y marcusiana predominante tiende a ser univocista, es decir, a confundir el amor con el amor sexual infecundo y a la aceptación de la espontaneidad sexual sin pasar por el filtro de la razón. Tanto es así que elementos humanos tan importantes como la fidelidad y la estabilidad amorosa son interpretados como ataduras opresivas de culturas llamadas a desaparecer. En este contexto psicológico se considera aún más extraña la dimensión cristiana del amor, que nos sitúa en una perspectiva de esperanza extraterrenal y de perdón a los enemigos. En la vida práctica, cuando alguien pronuncia la palabra amor hay que poner en marcha el sentido de la prudencia para no caer en alguna trampa. La gente tiene una propensión brutal a sobreentender que se trata de amor sexual o, en el mejor de los casos, de enamoramiento. En el otro extremo están quienes estiman que el término amor ha de ser liberado de cualquier connotación sexual o estado emocional relacionado con el enamoramiento. Tampoco faltan quienes piensan y se comportan en materia de amor como si en el amor sexual, de enamoramiento u otras formas de amar no hubiera ningún elemento vinculante fuera del placer de satisfacer los instintos brutos de la naturaleza al margen del uso correcto de la razón. La realidad de la vida, por el contrario, muestra otro

rostro más humano del amor cuando se tienen en cuenta lo que hay en común en todas esas formas de amar y más aún las diferencias. La experiencia castiza de la vida nos enseña que el sexo y el enamoramiento, a pesar su enorme importancia en el desarrollo feliz de la vida humana, no son ni han de ser confundidos con la esencia del amor, hasta el punto de que muchas veces son la muerte del mismo y causa de muchos sufrimientos. Igualmente, lo que es realmente caridad es también amor, pero no todo lo que es amor es caridad. El elemento común a todas las formas verdaderas de amor es el respeto personal, la fidelidad en la estabilidad y la prioridad del bien de las personas a las que amamos frente a los propios intereses.

Por lo que se refiere a las formas de expresar el amor, cada momento de nuestra vida exige la suya propia. Formas humanas de expresar el amor a una edad determinada, por ejemplo, pueden resultar ridículas y hasta ofensivas en circunstancias personales y sociales diferentes. Analógicamente vemos y comprendemos en cada momento qué es lo que debe continuar igual o cambiar en nuestra vida amorosa. Me refiero a qué es lo esencial y pasajero, lo vegetativo, egoísta e inhumano y lo realmente humano y divino, como dicen los poetas. Ni el amor es cualquier cosa ni puede ser reducido a sexo o enamoramiento. Tampoco puede decirse que, por el hecho de que el amor humano de mayor calidad no requiera ejercicio sexual ni enamoramiento, por ello todo esto no tenga nada o poco que ver con el amor. El elemento común a todo verdadero amor humano es la fidelidad estable y la preocupación por el bien de las personas a las que amamos sacrificando, si ello fuere necesario, parte de nuestros intereses propios. Pero las formas correctas de expresar nuestro amor son tan diversas y cambiantes como la edad, las circunstancias de la vida, la condición social y los diversos momentos históricos de nuestra existencia personal y social. Por ello conviene recordar que ciertas formas de expresar el amor a una edad determinada o en un momento concreto de la vida resultan ridículas, si no ofensivas, cuando son realizadas en momentos distintos y circunstancias de la vida diversas. Analógicamente vemos y comprendemos qué es lo que debe continuar igual o cambiar en nuestra vida amorosa. O sea, qué es lo esencial y lo pasajero, lo vegetativo, egoísta e inhumano y lo realmente humano en nuestras relaciones y expresiones amorosas. El amor digno del ser humano no es aquel que se confunde con la dinámica sexual ni con el enamoramiento, por más que estos aspectos no estén excluidos del amor personal y sean elementos consustanciales de la naturaleza humana. En la vida real el amor personal, tal como lo hemos descrito más arriba, eleva y dignifica el ejercicio de la vida sexual y los estados sentimentales de enamoramiento. Por el contrario, el amor sexual por sí solo y el enamoramiento suelen ser una de las causas más frecuentes de sufrimiento humano por la falta del amor personal o corrupción del mismo.

6. Amor personal y admiración de la belleza

En estrecha relación con el amor se encuentra nuestra forma correcta de entender la bondad de las personas, de las cosas y su belleza. También en esto hay errores culturales graves difíciles de corregir. Es obvio que el bien es algo que todos, consciente o inconscientemente, deseamos. Hasta el suicida opta por quitarse la vida cuando se ha convencido de que el seguir viviendo ha dejado de ser para él un bien mayor que la muerte. El nudo gordiano de la cuestión está en acertar en eso que percibimos como el bien que realmente buscamos. Así, por ejemplo, para un terrorista cada asesinato perpetrado es como una honrosa hazaña digna de admiración, mientras que las víctimas del terror y la policía persiguen al terrorista como un enemigo de la humanidad. En cualquier caso el bien sigue siendo algo que todos buscamos como lo mejor para nosotros no obstante los errores de apreciación del mismo. El bien es la eminencia o excelencia del ser de la que nuestra voluntad queda prendada de forma arrebatadora, aún a costa de equivocarnos en la percepción del objeto de nuestra elección tal como nos lo presentan los sentidos o la inteligencia. El bien en general es todo ser amable en razón de su perfección, y al igual que el ser, puede decirse que todas las cosas son amables en la medida y proporción en que participan más o menos de un bien mayor de referencia. Se habla así de “gusto por las cosas buenas”, lo cual deja entender que, siendo todas ellas buenas, sin embargo no lo son en la misma proporción. Las cosas, en efecto, son buenas por lo que tienen de común en el ser y de diferentes en su participación proporcional del mismo.

Además de la bondad del ser se habla también de la buena voluntad de las personas. En estos casos se supone que la bondad original no se encuentra prioritariamente en la voluntad o en el mero querer, sino en la calidad objetiva de lo que queremos. Esto mismo lo expresaban los analistas clásicos cuando decían que la bondad se dice antes de las cosas que del apetito o deseo de las mismas. El bien se dice de modo muy especial de las acciones humanas. Son buenas tales acciones porque son ética o moralmente correctas y, por lo mismo, hacen buenas a las personas que las realizan. Es el orden de las realidades éticas susceptibles de calificación moral en buenas y malas y que constituyen la base del perfeccionamiento de nuestra personalidad humana. Y, por supuesto, se dicen también buenas las cosas por su utilidad práctica en la realización de proyectos o fines buenos. Se habla así con toda naturalidad de marcas comerciales buenas o malas y de toda suerte de productos buenos y malos en función de los fines prácticos a que los aplicamos. Cuando hablamos de una buena política o de una buena medicina, por ejemplo, todos sabemos de qué estamos hablando sin confundir las cosas. Otras veces lo bueno es sinónimo de honesto. En estos casos nos referimos a una disponibilidad o actitud interior de las personas para hacer siempre lo que es mejor para ellas y sus semejantes. El término honesto nos sitúa en el ámbito de la bondad ética o moral de las personas. Las personas honestas son buenas, en efecto, porque tienen una tendencia natural a pensar y hacer siempre lo mejor que saben y pueden alejándose del engaño y la falsedad. Esa especie de bondad

genera confianza ya que las personas honestas son muy realistas y rectifican sus errores sin dificultad. Y también, cómo no, llamamos bueno a lo placentero. En este sentido es bueno todo aquello que nos proporciona alguna gratificación o satisfacción intelectual o estética. La solución correcta de un problema intelectual o técnico, una acción bondadosa con el prójimo, o la terminación de una bella obra de arte, por ejemplo, proporcionan una satisfacción natural placentera brindada por la propia naturaleza. Lo contrario ocurre cuando las cosas marchan en sentido contrario. Hay, pues, placeres intelectuales, morales y estéticos o sensibles. Tanto es así que hablamos con naturalidad de buenas y malas obras de arte, buenos y malos alimentos y hasta de buenas y malas personas por el placer que nos reportan. La expresión vulgar del que contempla la fotografía de una bella mujer y dice que “está muy buena” no deja lugar a dudas sobre la identificación de lo bueno con lo placentero. Por último, dos palabras sobre la bondad moral o humana y la bondad física. La bondad ética o moral se dice las personas que ordenan sus acciones personales de acuerdo con la recta razón práctica teniendo como punto de referencia el fin último del hombre. En el acierto o desacierto en la forma de ordenar nuestra forma de vida conforme a principios buenos de moralidad nos jugamos nuestra felicidad. La bondad física se refiere al fenotipo de las cosas y de las personas y no a la calidad ontológica de las mismas. La bondad física es de suyo independiente de la bondad moral, tratándose de personas. Una mujer, por ejemplo, puede ser físicamente muy bella y moralmente un pozo de maldad. Igualmente, un hombre puede tener una configuración física escultural y ser moralmente un corrupto para echarlo de comer aparte.

Lo que termino de decir sobre la analogía del bien son cosas de sentido común de gran importancia para la vida práctica pero que en el pensamiento dominante son con mucha frecuencia desconocidas o mal interpretadas y por ello conviene insistir en que todo concepto de bondad presupone una perfección radical de referencia del objeto bueno como cualquier evaluación de peso o medida se hace por relación a una unidad de medida fundamental. Pero esa perfección de referencia en materia de bienes admite una diversidad de grados que han de ser tenidos en cuenta en la formulación de juicios de valor correctos. Los que univocan el bien midiéndolo todo por el mismo rasero como si todo fuera igualmente bueno incurrir en un optimismo simplista falto de fundamento en la realidad. En este simplismo univocista incurrir muchos poetas y algunos filósofos defensores del optimismo metafísico al estilo de Leibnitz. Los equivocistas, en cambio, suelen caer en la tentación de pensar que ni todo es bueno ni hay conexión alguna entre los diversos niveles o grados de bien, lo cual los conduce derechamente al pesimismo y el derrotismo. La alternativa metodológica a estos extremos es el discurso analógico. A través del prisma de la analogía resulta relativamente fácil entender, si no comprender del todo, las interrelaciones entre el bien y el mal, entre la vida, el dolor y la muerte. Aplicando correctamente la analogía al discurso racional resulta razonable decir que ni existe el mal absoluto ni el bien está congelado sino que la perfección del ser se halla metafísica y proporcionalmente repartida y proporcionada. No tiene sentido hablar de los males que nos afligen

si no es por relación a un bien superior de referencia universal y en el contexto de cada sector de la realidad en particular. El amor sólo es posible por relación al bien de las cosas y de las personas. Pero, así como el amor es un concepto análogo, así también el bien, que es su objeto propio. Por ello hay tantas clases de amores como movimientos de la voluntad hacia esos bienes de los que tratamos de disfrutar. El problema en la práctica consiste en no equivocarnos en la percepción subjetiva de esos bienes confundiendo churras con merinas y para ello resulta particularmente recomendable aprender a usar la razón correctamente aplicando el método analógico. Mediante el razonamiento analógico, en efecto, cada cosa es puesta en su sitio respetando el orden y jerarquía ontológica de la realidad universal y de cada cosa y acontecimiento en particular.

También la belleza ha de ser observada y tratada analógicamente en el contexto del amor. Hay tantas clases de beldades como especies de seres y bondades. No hay vuelta de hoja, también aquí entra en juego el principio quicial de la analogía, o sea, del todo y las partes. El fundamento ontológico de la belleza hemos de buscarlo en la relación de armonía y proporcionalidad entre las partes respecto del todo y de ellas mismas entre sí. Ahí radica su perfección natural y el secreto escondido de su placentera fascinación. Mal que les pese a muchos, la facultad que capta la belleza en su raíz y realismo entitativo es el entendimiento, ya que sólo a ese nivel es posible percibir las relaciones de proporción o desproporción de las partes entre sí y el todo integral de las mismas. Es verdad que también los sentidos captan a su modo la ordenación de las partes entre sí como un todo diversamente dispuesto, pero ésta es sólo una percepción muy material y primitiva que necesita de un refinamiento intelectual ulterior. La simple contemplación visual de la obra de un gran pintor, por ejemplo, puede bastar para quedar fascinados ante su belleza artística. Pero sólo cuando el autor de la obra, o un experto, explica lo que estamos viendo salimos del estado de fascinación inicial y empezamos a valorar la calidad o valor artístico real de la obra. Esto significa que ha entrado en acción nuestra inteligencia con algún tipo de reflexión aunque sea elemental. Esta observación es válida para la comprensión adecuada y no superficial de cualquier obra de arte.

De todo lo que existe puede decirse que es bello en alguna medida o desde algún punto de vista. Surge así el concepto de belleza natural y maravillas de la naturaleza. Por ejemplo, hay mujeres físicamente bellas como resultado de su constitución genética que nada tiene que ver con la belleza artificial o de maquillaje. Llega la primavera y el espectáculo de la floración vegetal nos deja con la boca abierta. Pero igualmente ocurre cuando la naturaleza se desviste de sus trajes florales durante los meses de otoño e invierno. Una gran nevada, una tormenta o un terremoto pueden causar daños inmensos pero por ello no dejan de ser fenómenos de una belleza natural que desborda nuestra capacidad de admiración. Por relación a la belleza natural hablamos de la belleza artística, la cual es fruto de la tecnología y de la imaginación. No es lo mismo la belleza natural de una rosa cultivada en el jardín que la de una descripción poética de la misma.

La belleza artística se denomina también estética en la medida en que puede ser disfrutada de una forma emocional y sensible. Como de todo esto sería muy largo hablar, pongamos fin a este discurso con las matizaciones siguientes. Se habla de belleza metafísica, física, moral, natural, artística, humana y así sucesivamente. Pero dice el refrán que de gustos no hay nada escrito. Este dicho popular es de inspiración equivocista, pues deja entender que la belleza es algo totalmente relativo que depende del gusto personal de cada uno y del cristal con que se mire. Esta expresión popular expresa en parte una gran verdad, cual es la diversidad existente de formas de belleza y de su percepción subjetiva por parte de la gente. Pero el reconocimiento de esa diversidad no pone en duda la existencia de algún criterio objetivo de discernimiento válido para no confundir lo bello con lo feo, lo maravilloso con lo monstruoso o deforme. O sea, para no salir del fuego de la diversidad para caer en las brasas de la univocidad. Todas las formas o especies de belleza son participaciones proporcionadas de la belleza del ser. Para comprender el alcance de esta afirmación es preciso aplicar la analogía. Sólo así se evita el extremo de convertir la belleza en una cuestión de mal gusto o de confundir las diversas formas de bellezas existentes. Sería muy lamentable, por ejemplo, confundir la belleza física de una persona con la belleza de su conducta o belleza moral. Como este podíamos poner ejemplos hasta cansarnos. Por último, hay otra cuestión muy importante sobre la que conviene reflexionar aquí en el contexto del amor y la belleza.

Hemos dicho más arriba que la confusión cultural del amor con el sexo y el enamoramiento es fuente inagotable de sufrimiento humano. Pues bien, tal sufrimiento podría ser atenuado corrigiendo otro error cultural muy grave que consiste en confundir lo bello con lo bueno. La gente, si se deja llevar por sus impulsos emocionales y por la cultura dominante sin reflexionar previamente, tiene una tendencia irresistible a conformarse con admirar la bondad de las personas y a enamorarse de su belleza externa. Sólo algunos ejemplos para ilustrar lo que termino de decir, tomados de mi experiencia profesional. Caso uno. Se casaron y durante el viaje de novios se destapó la sucia historia de infidelidad e irresponsabilidad del marido, terminando el estrenado matrimonio en ruptura definitiva. Conocida la tragedia por una persona del entorno familiar de la joven esposa traicionada, comentó: ¿cómo es posible que esto haya sucedido siendo ella tan guapa? Caso segundo. Durante la celebración de un almuerzo alguien me hizo notar la presencia de una hermosa señora con estas palabras: es la nueva esposa de mi hermano. Seguidamente me comentó que su hermano no había hecho bien recambiando a su esposa pero que, habida cuenta de la escasa belleza de la primera comparada con la belleza de la segunda, era comprensible que su hermano hubiera tomado tal decisión. Tercer caso. Un señor conoció a una joven japonesa cuya belleza era tal que se propuso, como objetivo prioritario de su vida, hacerla suya con el matrimonio. Lo consiguió, pero con el paso del tiempo aquella belleza desapareció por completo y perdió todo su interés por ella. Como persona, comentaba el caballero, no la había conocido nunca y como belleza no le